



## Una mansión majestuosa

**N**o recuerdo qué fue lo primero que leí de Baltasar Porcel. ¿*Els argonautes*? ¿*Solnegre*? ¿*Els xuetes*? ¿*Els escorpins*? Sí recuerdo que –hace dos años, cuando en junio del 2007 nos reunimos en *La Vanguardia* para hablar de la Feria de Frankfurt– le sorprendió que le comentase su prólogo a *La lucha por la vida*, una de las novelas de Pío Baroja que editó Círculo de Lectores a finales de los sesenta. Me miró como si se preguntase cómo era posible que yo –o la imagen que de mí tenía– leyese de adolescente sus introducciones a las novelas clásicas. Me gustaban también las entrevistas que publicaba en *Serra d'Or*. Acostumbrado a las tradicionales, las suyas eran rompedoras. Dilataba el tempo, describía los alrededores de la casa del entrevistado, si había llegado a ella en metro, el bar de la esquina... No daba por fútil ningún detalle significativo, de esos que los entrevistadores a la vieja usanza consideraban banales. Recuerdo sus reportajes en *Destino*. Sobre Estambul, China, el mundo entero. Anteayer, al anochecer, oí a Carme Riera explicando que era un *andritxol* prototípico, un aventurero... Quizá sí fuese un aventurero, pero un aventurero autocontrolado. La maes-

---

Porcel dilataba el tempo, describía los alrededores de la casa del entrevistado, si había ido en metro...

---

tría del Porcel reportero quedó de nuevo evidente hace cuatro años, cuando el hundimiento del túnel del metro en el Carmel. Muchos se patearon la zona, pero el reportaje que él escribió en este diario fue quizá el más brillante.

En el libro *El millor dels mons* incluí una novela –*Davant del rei de Suècia*–, protagonizada por un escritor catalán ansioso por conseguir el Nobel de Literatura. En las entrevistas me harté de negar que aquel personaje retratase a Porcel o a Gimferrer. No retrataba a ninguno de los dos, sino al gremio en general, sus ruindades y sus artimañas, las mismas que hacen que muchos de los que estos días se deshacen en elogios almibarados hacia su obra y su persona se pasasen décadas vituperándolo a sus espaldas, y se hayan ido acercando a él en aras del interés estratégico.

Hay escritores que hacen bandera de su marginalidad: de su bohemia, de la buhardilla con goteras en la que viven, de su tuberculosis u, hoy en día, de su sidazo. Son los *malditos*, aquellos a los que sólo el tiempo valorará de verdad (o no) cuando hayan muerto. Otros escritores, en cambio, de la marginalidad no quieren saber nada y construyen su personaje sobre una mansión majestuosa, con espejos en todas las paredes y acceso directo a los hilos del poder. Tom Wolfe, por ejemplo. Porcel quiso ser de este tipo de escritores y lo consiguió. Sus buenas novelas (*Cavalls cap a la fosca*, *Les primaveres i les tardors*...) son espléndidas. Pero la Catalunya de este último medio siglo no fue como la soñaba –como la soñábamos muchos–, y los hilos del poder catalán, cada vez más endeble, tejían poco hace treinta años y ahora apenas tejen nada.●